

XXII

Campaña de cien días, que se comienza con catorce jinetes, y en que se obtienen cuatro triunfos y se organiza una brigada.

1865

RODEADO el general Díaz de una purísima aureola, acrecentada en el Oriente de la República, por su manera de caer en Oaxaca, y por sus penas en la prisión de Puebla, desde donde no dejó de mantener relaciones con los que, con una guerrilla ó con mayores elementos, sostenían el sagrado fuego de la guerra, apenas se supo que se encontraba en libertad, ya acudían á presentársele todos aquellos á quienes les era posible. La sola noticia de que se ponía en campaña, levantó el espíritu de los pueblos.

La misma noche del 21 de Septiembre de 1865, en que llegó al rancho de García, fueron á cumplimentarle las autoridades de diez municipalidades de los pueblos inmediatos, las que, aunque aparentemente estaban sometidas al Imperio, simpatizaban con la causa de la independencia y la servían.

A las siete de la mañana del 22 de Septiembre, el general, al trote de su caballo, se dirigía á un lugar apartado de cita, acompañado del coronel García, dos asistentes, un clarín y un guía, á los cuales en el lugar convenido se reunieron otros ocho hombres; eran por todos catorce jinetes, armados unos con pistolas y otros con carabinas. Esos catorce jinetes fueron, ¡quién podría decirlo!, el pie veterano del nuevo cuerpo de ejército de Oriente; mas para formar aquel cuerpo de ejército se tenía que luchar con ardor, perseverar con constancia y armar á los hombres dispuestos para entrar en sus filas, con las armas del enemigo...

Se abre, pues, la tercera campaña del general Díaz contra los invasores é imperialistas.

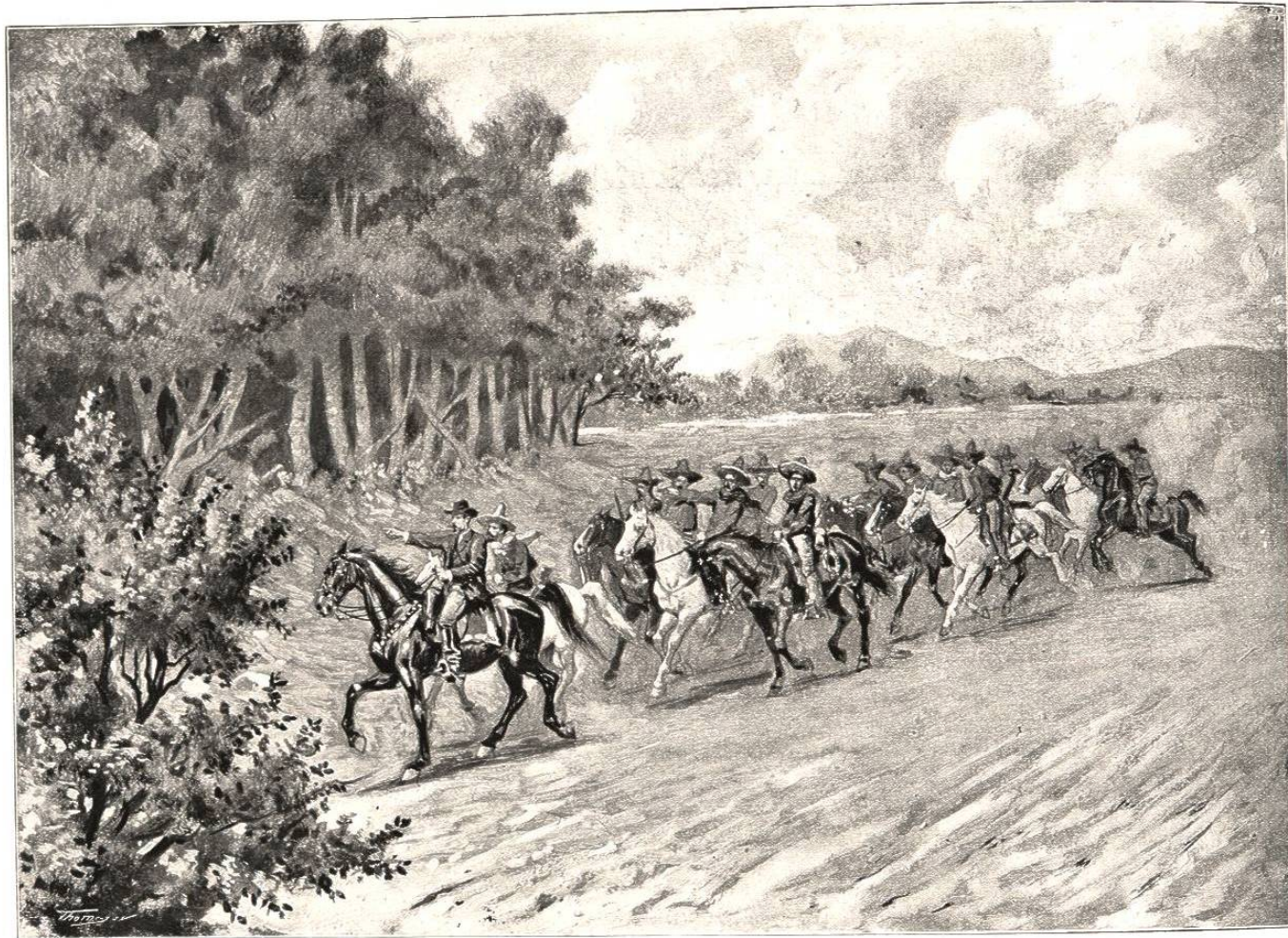
El mismo día 22 de Septiembre sorprende, acompañado de sus jinetes, el destacamento imperialista de Tehuizingo, aumentando allí su fuerza, debido al éxito obtenido, á cuarenta hombres, con los que ataca á un escuadrón mandado por el teniente coronel Carpintero, al que se encuentra al anochecer del siguiente día 23, al salir de Piaxtla, y á cuyo escuadrón, batido dentro de un camino formado de altas cercas, lo derrota y persigue cuatro ó cinco kilómetros, en que se dejan abandonadas á los vencedores armas y unos sesenta caballos.

Con 78 hombres más, con que se le incorporara de Tlapa el teniente coronel D. Juan José

Cano, se aumenta la fuerza, á la que poco después se agrega en Tepetlapa el guerrillero D. Tomás Sánchez, con treinta caballos.

Un temporal deshecho obliga á aquella tropa á permanecer cuatro días en Tepetlapa, hasta la madrugada del 1.º de Octubre de 1865.

Se sabía que dos secciones ligeras, por orden de Bazaine, habíanse puesto en activa persecución sobre el prisionero fugado de Puebla, cuyo valer conocía el general en jefe del ejército francés; y



EL GENERAL DÍAZ COMIENZA UNA CAMPAÑA CON CATORCE JINETES

que el coronel Visoso, con una de ellas, detenido también por el temporal, estaba en Tulcingo, llevando á sus órdenes 300 infantes y 50 caballos.

Sobre la fuerza se revuelve luego el general Díaz. Dice, con relación á ella, lo siguiente:

«Antes de que amaneciera emprendí mi marcha para Tulcingo, y ya muy cerca del pueblo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos. Me pareció desde luego inverosímil ese comercio, y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle, me confesó que era explorador y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

»Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y el templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí

cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro, que tenía en su pagaduría.

»Como era natural entre la clase de gente que yo había reclutado, habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que eran legal botín. Tuve gran dificultad para convencerles de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al licenciado D. Manuel Guerrero, que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comenzó mi contabilidad de toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la capital de la República.

»Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos compañías que pomposamente llamamos batallones, dando á mandar una al mayor D. Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán, y otra al entonces teniente y hoy general D. Mucio P. Martínez.

»Con mi fuerza aumentada así, emprendí mi marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el coronel D. José Segura y Guzmán, procedente de la Mixteca, que venía al rumor de mi aparición por ese rumbo, con algunos hombres montados y armados.»

Con objeto de acaparar más recursos, á fin de dar el mayor ensanche á las operaciones de la guerra, y de combinar, si era posible, los elementos, el general Díaz, que había entrado en territorio del Estado de Guerrero, donde tenía el mando el general de división D. Juan Álvarez, juzga necesario conferenciar con aquel jefe; y dejando su fuerza en Tlapa, se dirige con una pequeña escolta á la hacienda de la Providencia, donde aquél residía, al lado de su hijo el general D. Diego, que fungía como gobernador del Estado.

Fué bien recibido Díaz por los generales Álvarez, pero las cariñosas atenciones del viejo insurgente para con él, motivaron celos de parte de su hijo, que mostró después tibieza para bien servir á las fuerzas de Oriente. Como quiera que hubiese sido, se consiguieron allí reducidos elementos y el derecho de mantener tropas con víveres que se pidieran á las autoridades.

Con referencia al aumento de personal que tuvo el general Díaz, al hallarse cerca del general suriano, dice:

«Se me incorporó en La Providencia el general D. Francisco Leyva, que no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado á vivir con el general Álvarez. Leyva tenía diez ó doce oficiales, entre los cuales estaba el teniente coronel de infantería D. Manuel Travesí, á quien nombré desde luego mi secretario, y di lugar en mi estado mayor al coronel D. José María Pérez Milicua, al teniente coronel de caballería D. Martín Rivera, al teniente coronel de infantería D. Manuel Aburto, y á los tenientes de infantería D. José María Ramírez Pizarro y D. Miguel Marín. También se me incorporó un grupo como de veinte hombres de la guardia nacional de Oaxaca, que á la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio en la Mixteca, y para no someterse al enemigo se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el general Álvarez. La mayor parte de éstos eran sargentos y cabos.»

Después, dando cuenta de su regreso á Tlapa, y algunas operaciones que efectuó, manifiesta el general Díaz en sus apuntes lo que sigue:

«Con el auxilio de personal y el material que saqué de La Providencia, regresaba á Tlapa, donde había dejado mi fuerza. Al llegar á Tixtla supe que un jefe austriaco, el duque de Bernard, con 700 infantes austriacos y una fuerza de traidores de 300 hombres mandados por Visoso, y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado á Tlapa, y que el coronel Segura, con mis fuerzas, ocu-

paba un cerro muy defendible á la vista de la población. Entonces el general Jiménez, que mandaba en Tixtla, puso á mi disposición, por orden del general Álvarez expedida á solicitud mía, un pequeño batallón de guardia nacional de Chilapa, que constaba de 200 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyencantenango, y levantándolos en son de guerra, aunque no puedo decir en armas, porque no las tenían, logré poner en acción grandes grupos de indios que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada, que constaba de 200 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños, hasta salir por la espalda á mis soldados, que á las órdenes del coronel Segura, cual he dicho, ocupaban un cerro á la vista de Tlapa.

»Como el duque Bernard vió aparecer súbitamente, por las crestas que forman la cordillera al Sur de Tlapa, masas de hombres, cada una con una música de instrumentos metálicos (las músicas de los pueblos), debió suponer que los que así se presentaban, no debían ir desarmados; y sin duda considerando su número, juzgó prudente retirarse y abandonó á Tlapa. Despedí en seguida á los patriotas indios, dándoles las gracias, y devolví al general Jiménez el batallón de Chilapa, porque no tenía con qué mantenerlo y él me lo pedía con apremio, pues el enemigo amagaba por Iguala.

»El jefe austriaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó á la margen derecha del río, y yo tras él, lo hice á la izquierda.

»Así permanecemos á la vista algunos días, hasta que la fuerza austriaca regresó á Atlixco, dejándome al frente á Visoso con unos 300 hombres, más ó menos. Se me informó de algún amago de tropas procedentes de Oaxaca, y con ese motivo regresé á Tlapa. Entonces Visoso se atrevió á pasar el citado río, que antes nos dividiera, y permaneció en el pueblo de Chila.»

Veamos lo que expresa nuestro biografiado respecto del triunfo que á poco obtiene sobre Visoso y de los acontecimientos que á ese suceso siguieron:

«Tuve una fiebre palúdica, que no duró más de dos ó tres días; pero como recibí noticia de que al jefe enemigo le daban aviso de mis males, y supe que él, basándose en ellos por creerlos graves, se atrevía á avanzar, después de sentirme aliviado, fingí estar más y más enfermo; y tal como lo esperaba, á virtud de ese ardid, se aproximó á una distancia de seis ó siete leguas, hasta llegar al pueblo de Tepetlapa, en donde yo podía, forzando la marcha en una noche, darle un golpe al amanecer, que era probablemente lo mismo que él intentaba respecto de mí.

»Así lo hice, y el 3 de Diciembre en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha con la cautela necesaria hacia el pueblo dicho, cuyas entradas y caminos conocía yo muy bien; mas al llegar al lugar supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

»Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar, en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino desde donde se descubre el pueblo, vi en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como aun no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué, con dos ó tres ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado por donde yo iba, y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza y la casa municipal, y la colina á que he aludido. Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras

casas, y la dejé allí, á las órdenes del capitán D. José Guillermo Carbó una parte, y la otra á las del teniente coronel D. Juan José Cano. Hecho esto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería; esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces vi perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro, pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle, para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

»Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía, y que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el capitán Carbó y teniente coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda, á donde corría su gente en desorden al sentir los fuegos á quemarropa que salían del carrizal.

»Fué derrotado completamente Visoso, y huyó sólo con unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en La Providencia, el batallón Fieles de Oaxaca, cuyo mando tomó desde luego el capitán D. José Guillermo Carbó, á quien ascendí á mayor por sus servicios y con ese especial objeto.

»Por mi parte tuve once muertos, entre los cuales estaba el teniente coronel D. Tomás Sánchez, y nueve heridos, en los que se contaba el capitán D. Bonifacio Valle, que lo había sido también en el encuentro de Tulcingo y cuya anterior herida aun no estaba cicatrizada.

»Volví á Tlapa, donde permanecí algunas semanas, sin que ocurriera acontecimiento notable, aprovechando la calma para instruir y organizar mi pequeña fuerza. En busca de recursos y hombres emprendí una marcha para el Estado de Oaxaca, penetrando por el distrito de Silacayoapan. Las pequeñas guarniciones que había en aquellos pueblos, se retiraban al tener conocimiento de mi arribo al pueblo de Silacayoapan, cabecera del distrito de su nombre, porque conocían que todos esos pueblos simpatizaban con la causa nacional, y yo lo ocupé el 13 de Diciembre de 1865.

»Expedí algunos decretos sobre administración y pasé en seguida con intención de sorprender á Tlaxiaco, que estaba defendido por el general Trujeque. Después de algunos pequeños combates, ocasionados por varias salidas que éste hizo, se resolvió á abandonar la plaza, y la ocupé yo el 22 de Diciembre, persiguiéndolo en su retirada para Teposcolula, hasta el pueblo de Santiago Yolomecal, en donde abandoné la persecución por juzgar impropio mi avance, habiendo regresado al mismo Tlapa que había sido mi punto de partida.

»Al saberse en Oaxaca mi aproximación, mandaron fuerzas superiores sobre las mías, mas yo me encontraba ya en camino para la costa.»

Así terminó el año de 1865.

El general Díaz tenía cien días de hallarse en campaña, que había principiado con catorce jinetes, y en ese tiempo había batido la tierra de los Estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca, habiendo aumentado su fuerza hasta formar una brigada, que armó con los pertrechos de guerra arrebatados al enemigo, al que había infligido las derrotas que se llamaron Tehuitzingo, Piaxtla, Tulcingo y Comitlipa.